

La pastoral de catequistas

Gladys Carmita Coronado Núñez*

Sumario

Desde la experiencia particular del Ecuador, este artículo refleja la realidad de América Latina en el campo de la catequesis.

A la luz de los más recientes Documentos Eclesiales, la autora refresca la identidad del catequista, descubre el protagonismo de los laicos en la labor catequética y ofrece una nueva mirada para la pastoral de los catequistas.

Palabras clave: Catequesis, Catequistas, Pastoral catequética.

* Ecuatoriana. Licenciada en Pedagogía y Teología de la Pontificia Universidad Católica de Ecuador (PUCE). Comunicadora de la Universidad Central de Quito, maestría en Comunicación, en la PUCE. Docente de teología pastoral, filosofía y pedagogía en la Universidad Politécnica Salesiana de Quito. Responsable Nacional del Departamento de Catequesis de la Conferencia Episcopal Ecuatoriana. Miembro del Consejo Directivo SCALA (Sociedad de Catequetas Latinoamericanas). Integrante del equipo de asesores de Catequesis del CELAM. Docente en el diplomado de catequesis en el ITEPAL. carmita_coronado@yahoo.com; catequesis@confep.org.ec




The pastoral of catechists

Abstract

This article portrays Latin American reality in the area of catechetics from the particular experience of Ecuador. In the light of the most recent church documents, the author presents a fresh portrait of the catechist, the pro-active role of the laity in catechetical work and a new look at the pastoral of catechists.

Key Words: Catechesis, Catechists, Pastoral Catechetics.



“**R**ecobremos, pues, el fervor espiritual. Conser-
vemos la dulce y confortadora alegría de evan-
gelizar, incluso cuando hay que sembrar entre
lágrimas. Hagámoslo – como Juan el Bautista,
como Pedro y Pablo, como los otros apóstoles,
como esa multitud de admirables evangelizadores que se han sucedido
a lo largo de la historia de la Iglesia- con un ímpetu interior que nadie
ni nada sea capaz de extinguir. Sea ésta la mayor alegría de nuestras
vidas entregadas. Y ojalá el mundo actual que busca a veces con
angustia, a veces con esperanza- pueda así recibir la Buena Nueva,
no a través de evangelizadores tristes y desalentados, impacientes o
ansiosos, sino a través de ministros del evangelio, cuya vida irradia el
fervor de quienes han recibido, ante todo en sí mismos, la alegría de
Cristo y aceptan consagrar su vida a la tarea de anunciar el Reino de
Dios y de implantar la Iglesia en el mundo (DA 552, EN 80).

Preámbulo

Tomando como punto de partida el Plan Global de Pastoral de la Iglesia en el Ecuador (PGE) 2011-2015 sobre la realidad de los laicos...

- *Constatamos el escaso acompañamiento dado a los fieles laicos en sus tareas de servicio a la sociedad, particularmente cuando asumen responsabilidades en las diversas estructuras del orden temporal (PGE 188).*
- *Hay diferencias en el conocimiento del itinerario formativo con nuevos métodos y expresiones. “De igual forma nos preocupa una espiritualidad individualista. Verificamos así mismo, una mentalidad relativista en lo ético y religioso, la falta de aplicación creativa del rico patrimonio que contiene la Doctrina Social de la Iglesia, y, en ocasiones, una limitada comprensión del carácter secular que*



constituye la identidad propia y específica de los fieles laicos” (PGE 189;DA 100c).

- *Aunque hay preocupaciones e iniciativas para la formación, organización, la animación y el acompañamiento del laicado, no se llega a incidir consistentemente en su identidad y misión, y persiste aún la mentalidad, entre muchos laicos, de expresar su fe en la búsqueda de servicios sacramentales.. Constatamos, con todo, que donde hay presencia activa de los laicos, hay vida en las parroquias (PGE 190).*
- *Existe una mayor presencia y participación de los laicos en la vida de la Iglesia. En diferentes niveles e instancias se percibe su incorporación y trabajo efectivo en la misión evangelizadora de la Iglesia. Se ha desarrollado un alto porcentaje de iniciativas y han brotado nuevas áreas de trabajo porque los laicos se sienten cada vez más protagonistas de la misión de la Iglesia (PGE 191).*
- *Constatamos la disponibilidad de muchos laicos para trabajar en la evangelización y su participación en Consejos Pastorales en las parroquias. Por otra parte algunos sacerdotes y consagrados, (as) no dan suficiente apertura a los laicos para que participen en la vida y misión parroquial, limitando su protagonismo (PGE 12).*

Esta constatación inicial podría describir la realidad del laico en nuestros países latinoamericanos con matices y énfasis particulares.

De este conglomerado laical, pondremos la mirada de una manera especial, en los catequistas, ya que el tema propuesto tiene que ver con la Pastoral de Catequistas.

1. Ser del catequista

Empecemos por hacer un acercamiento a la figura del catequista, visto como...

Una persona que ha escuchado un día la Palabra y ha intentado vivirla, una persona que ha comprendido que esta Palabra no la recibía sólo para sí, y que, por eso, quiere hacer a otros partícipes de su mismo descubrimiento, de la relación que esta palabra le ha creado.

De ahí que se puede decir que el catequista es un testigo, un profeta, un mediador, un educador (animador, orientador).

El catequista es TESTIGO, porque habla de lo que ha visto, de lo que ha oído, de lo que ha experimentado, de lo que ha vivido; es testigo porque está convencido de que lo que transmite, lo ha hecho vida de su vida. Es testigo porque ha escuchado en la Palabra de Dios cómo el Señor le envía, y quiere ser fiel a la respuesta que dio un día.

Es un PROFETA, porque no tiene miedo de comunicar la Palabra que muestra el camino, que denuncia el mal, advierte y anima, dice lo que el Señor espera y sabe ya desde el comienzo que su misión no será entendida siempre. Es un profeta en la medida en que su vida responda a lo que está diciendo. Ser profeta obliga a una vida seria y comprometida, fiel a lo que el Señor le obliga decir.

El catequista es un MEDIADOR, es la persona que habla y dice algo que no es suyo. Mediador de una Palabra que le desborda, que no puede cambiar, porque habla en nombre del que le ha enviado, es el mensaje de OTRO.

Es un EDUCADOR, es el que acompaña a otro en su caminar hacia Dios, es un compañero de camino, no empuja a nadie pero sí invita, que respeta la libertad del otro. Es un educador porque sabe esperar y porque sabe desaparecer cuando el catequizando es capaz de seguir avanzando por sí mismo porque nada espera y está siempre dispuesto a dar, porque quiere el bien del otro, su crecimiento, y no busca nunca que su trabajo le de satisfacciones.

El Directorio Nacional de Catequesis de Ecuador (edición 2009) propone un perfil en tanto se necesitan catequistas:

- Con madurez humana.
- Con fe profunda y clara identidad cristiana y eclesial, alimentada por la oración y la experiencia sacramental.
- Con honda sensibilidad cultural y social para interpretar desde el Evangelio, la realidad en que viven, con sus valores, sus desafíos y sus sombras.



- Con sólidos y amplios conocimientos doctrinales y pedagógicos, pero dispuestos a seguir formándose.
- Que participen activamente en la vida de la comunidad parroquial o de algunos de sus grupos o movimientos.
- Que sean al mismo tiempo maestros, educadores y testigos, capaces de comunicar no sólo una enseñanza, sino una formación cristiana integral.
- Que sean críticos para no dejarse llevar por tendencias contrarias al Evangelio y ofrezcan una catequesis plena y completa, conjugando la ortodoxia con la ortopraxis, el sentido social y eclesial.
- Que se sientan miembros activos y responsables dentro del grupo de catequistas.
- Si son laicos/cas, que sean conscientes de su misión y espiritualidad específicas.

2. El laico en la misión catequética

Un breve recorrido por las orientaciones desde el Magisterio de la Iglesia sobre la presencia del laico en la acción pastoral nos permite dar una nueva mirada al catequista.

2.1 Un nuevo modo de ser catequista

La novedad de nuestro tiempo reclama un cambio importante de comportamiento catequético que haga posible la transmisión del Evangelio en la situación cultural y social que vivimos. La comunicación entre los pueblos, razas, culturas y religiones hacen del mundo de hoy un lugar de intercambio valioso y de diálogo complejo que hemos de discernir guiados por la fuerza y luz del Espíritu.

Es necesario pasar de una comunicación de la fe que se apoyaba ante todo en el ambiente social cristiano, a una catequesis caracterizada por el anuncio misionero de Jesucristo. Un anuncio que tenga en cuenta la opción personal y lleve a la conversión, al seguimiento y a la profesión de la fe en medio de un mundo herido por la incredulidad.

Esta es, pues, la gran responsabilidad en la que todos los catequistas estamos embarcados: *que la Iglesia llegue a ser una Iglesia interiormente vigorosa, evangélicamente influyente, consciente de sí y*

en expansión misionera y, por consiguiente, con capacidad de renovar desde dentro, con la fuerza del Evangelio, la humanidad de nuestro tiempo.

El catequista que la Iglesia necesita será, por tanto, una persona impregnada de ardor misionero, es decir, enraizada en su ambiente, sensible a los problemas de los hombres y mujeres de su tiempo y en búsqueda de las fuentes de la fe para alcanzar un mayor conocimiento de Jesucristo y del misterio de la Iglesia al servicio del Reino de Dios en el mundo.

“Lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplamos y tocaron nuestras manos acerca de la Palabra de la Vida, lo que hemos visto y oído, eso les anunciamos para que también ustedes estén en comunión con nosotros”. (1Jn 1, 1-3)

2.2 A la luz de la Exhortación Apostólica *Christifideles Laici*

Como advierte la Exhortación Apostólica *Christifideles Laici* del Beato Juan Pablo II, el llamamiento del Señor Jesús no cesa de resonar en el curso de la historia desde aquél lejano día; se dirige a cada hombre que viene a este mundo:

“vayan también ustedes a la viña. Id también vosotros a mi viña” (Mt 20,3-4).

La llamada no se dirige sólo a los Pastores, a los sacerdotes, a los religiosos y religiosas, sino que se extiende a todos: también los fieles laicos son llamados personalmente por el Señor, de quien reciben una misión a favor de la Iglesia y del mundo.

De modo particular, el Concilio, con su riquísimo patrimonio doctrinal, espiritual y pastoral, ha reservado páginas verdaderamente espléndidas sobre la naturaleza, dignidad, espiritualidad, misión y responsabilidad de los fieles laicos.

¿Cómo no hemos de pensar en la persistente difusión de la indiferencia religiosa y del ateísmo en sus más diversas formas, particularmente en aquella – hoy quizás más difundida- del secularismo?



Embriagado por las prodigiosas conquistas de un irrefrenable desarrollo científico-técnico, y fascinado sobre todo por la más antigua y siempre nueva tentación de querer llegar a ser como Dios (Gén 3,5) mediante el uso de una libertad sin límites, el hombre arranca las raíces religiosas que están en su corazón, se olvida de Dios, lo considera sin significado para su propia existencia, lo rechaza poniéndose a adorar los más diversos ídolos.

Es verdaderamente grave el fenómeno actual del secularismo y no sólo afecta a los individuos, sino que en cierto modo afecta también a comunidades enteras, como ya observó el Concilio: *“crecientes multitudes se alejan prácticamente de la religión”*. En palabras del Papa Juan Pablo II: *“varias veces yo mismo he recordado el fenómeno de la descristianización que aflige los pueblos de antigua tradición cristiana y que reclama, sin dilación alguna, una nueva evangelización”*.

Y sin embargo la aspiración y la necesidad de lo religioso no puede ser suprimido totalmente; el mundo actual testimonia, siempre de manera más amplia y viva, la apertura a una visión espiritual y trascendente de la vida, el despertar de una búsqueda religiosa, el retorno al sentido de lo sacro y a la oración, la voluntad de ser libres en el invocar el Nombre del Señor.

Al referirse a la participación de los fieles laicos en la vida de la Iglesia: *“los fieles laicos participan en la vida de la Iglesia no sólo llevando a cabo sus funciones y ejercitando sus carismas, sino también de otros muchos modos. Tal participación encuentra su primera y necesaria expresión en la vida y misión de las iglesias particulares, de las diócesis, en las que verdaderamente está presente y actúa la Iglesia de Cristo, una, santa católica y apostólica”* (no.25).

Las formas de participación según la Exhortación: *los fieles laicos, juntamente con los sacerdotes, religiosos y religiosas, constituyen el único pueblo de Dios y Cuerpo de Cristo*.

El ser miembro de la Iglesia no suprime el hecho de que cada cristiano sea un ser único e irrepetible, sino que garantiza y promueve el sentido más profundo de su unicidad e irrepetibilidad, en cuanto fuente

de variedad y de riqueza para toda la Iglesia. En tal sentido Dios llama a cada uno por su nombre propio e inconfundible. El llamamiento del Señor se dirige a cada uno personalmente y entonces resuena de este modo en la conciencia: ven también tú a mi viña (no.28).

Es absolutamente necesario que cada fiel laico tenga siempre una viva conciencia de ser un miembro de la iglesia, a quien se le ha confiado una tarea original, insustituible e indelegable, que debe llevar a cabo para el bien de todos. En esta perspectiva asume todo su significado la afirmación del Concilio sobre la absoluta necesidad del apostolado de cada persona singular:

“El apostolado que cada uno deba realizar, y que fluye con abundancia de la fuente de una vida auténticamente cristiana (Jn4, 14) es la forma primordial y la condición de todo el apostolado de los laicos, incluso del asociado, y nada puede sustituirlo. A este apostolado, siempre y en todas partes provechoso, y en ciertas circunstancias el único apto y posible, están llamados y obligados todos los laicos, cualquiera que sea su condición, aunque no tengan ocasión o posibilidad de colaborar en las asociaciones” (no.28. Cf. AA 16).

En este apostolado personal existen grandes riquezas que reclaman ser descubiertas, en vista de una intensificación del dinamismo misionero de cada uno de los fieles laicos.

2.3 Desde el Documento de Aparecida:

Los fieles laicos son los cristianos que están incorporados a Cristo por el bautismo, que forman el pueblo de Dios y participan de las funciones de Cristo: sacerdote, profeta y rey. Son “hombres de la Iglesia en el corazón del mundo, y hombres del mundo en el corazón de la Iglesia (DA 209).

...el ámbito propio de su actividad evangelizadora es el mismo mundo vasto y complejo de la política, realidad social, cultura, artes, ciencias; tienen el deber de hacer creíble la fe que profesan, mostrando autenticidad y coherencia en su conducta (DA 210).



Los laicos están llamados a participar en la acción pastoral de la Iglesia, primero con el testimonio de su vida y en segundo lugar, con acciones en el campo de la evangelización, la vida litúrgica y otras formas de apostolado, según las necesidades locales bajo la guía de sus pastores... a los catequistas delegados de la Palabra y animadores de comunidades, que cumplen una magnífica labor dentro de la Iglesia, les recomendamos y animamos a continuar el compromiso que adquirieron en el bautismo y en la confirmación (DA 211).

Es necesario que el laico sea tenido muy en cuenta con un espíritu de comunión y participación (DA 213).

2.4 Desde la Carta Apostólica, Porta Fidei del Papa Benedicto XVI:

“La Puerta de la Fe” (Hch 14,27), que introduce en la vida de comunión con Dios y permite la entrada en su Iglesia, está siempre abierta para nosotros. Se cruza ese umbral cuando la Palabra de Dios se anuncia y el corazón se deja plasmar por la gracia que transforma. Atravesar esa puerta supone emprender un camino que dura toda la vida (PF 1)

No podemos dejar que la sal se vuelva sosa y la luz permanezca oculta (Mt 5,13-16). Como la samaritana, también el hombre actual puede sentir de nuevo la necesidad de acercarse al pozo para escuchar a Jesús, que invita a creer en Él y a extraer el agua viva que mana de su fuente (Jn 4,14). Debemos descubrir de nuevo el gusto de alimentarnos con la Palabra de Dios, transmitida fielmente por la Iglesia, y el Pan de la vida, ofrecido como sustento a todos los que son sus discípulos (Jn6,51). En efecto, la enseñanza de Jesús resuena todavía hoy con la misma fuerza: “trabajad no por el alimento que perece, sino por el alimento que perdura para la vida eterna” (Jn 6,27). La pregunta planteada por los que lo escuchaban es también hoy la misma para nosotros: “¿Qué tenemos que hacer para realizar las obras de Dios?” (Jn 6,28). Sabemos la respuesta de Jesús: “La obra de Dios es ésta: que creáis en el que Él ha enviado (Jn 6,29)”. Creer en Jesucristo es, por tanto, el camino para poder llegar de modo definitivo a la salvación (PF 3).

La renovación de la Iglesia pasa también a través del testimonio ofrecido por la vida de los creyentes, con su misma existencia en el

mundo, los cristianos están llamados efectivamente a hacer resplandecer la Palabra de verdad que el Señor Jesús nos dejó (PF 6).

Por eso, también hoy es necesario un compromiso eclesial más convencido a favor de una nueva evangelización para redescubrir la alegría de creer y volver a encontrar el entusiasmo de comunicar la fe. El compromiso misionero de los creyentes saca fuerza y vigor del descubrimiento cotidiano de su amor, que nunca puede faltar. La fe, en efecto, crece cuando se vive como experiencia de un amor que se recibe y se comunica como experiencia de gracia y gozo. Nos hace fecundos, porque ensancha el corazón en la esperanza y permite dar un testimonio fecundo: en efecto, abre el corazón y la mente de los que escuchan para acoger la invitación del Señor a aceptar su palabra para ser sus discípulos (PF 7).

Que este Año suscite en todo creyente la aspiración a confesar la fe con plenitud y renovada convicción, con confianza y esperanza. Será también una ocasión propicia para intensificar la celebración de la fe en la liturgia, y de modo particular en la Eucaristía, que es “la cumbre a la que tiende la acción de la Iglesia y también la fuente de donde mana toda su fuerza. Al mismo tiempo, esperamos que el testimonio de vida de los creyentes sea cada vez más creíble. Redescubrir los contenidos de la fe profesada, celebrada, vivida y rezada, y reflexionar sobre el mismo acto con el que se cree, es un compromiso que todo creyente debe hacer propio, sobre todo en este Año (PF 9).

El apóstol Pablo nos ayuda a entrar dentro de esta realidad cuando escribe “con el corazón se cree y con los labios se profesa” (Rom 10, 10). El corazón indica que el primer acto con el que se llega a la fe es don de Dios y acción de la gracia que actúa y transforma a la persona hasta en lo más íntimo (PF 10).

San Lucas enseña que el conocimiento de los contenidos que se han de creer no es suficiente si después el corazón, auténtico sagrario de la persona, no está abierto por la gracia que permite tener ojos para mirar en profundidad y comprender que lo que se ha anunciado es la Palabra de Dios. Profesar con la boca, indica a su vez, que la fe implica un testimonio y un compromiso público. El cristiano no puede pensar nunca que creer es un hecho privado. El conocimiento de los conteni-



dos de la fe es esencial para dar el propio asentimiento, es decir, para adherirse plenamente con la inteligencia y la voluntad a lo que propone la Iglesia. El conocimiento de la fe introduce en la totalidad del misterio salvífico revelado por Dios. El asentimiento que se presta implica por tanto que, cuando se cree, se acepta libremente todo el misterio de la fe, ya que quien garantiza su verdad es Dios mismo que se revela y da a conocer su misterio de amor. La fe nos invita y nos abre totalmente a ese encuentro (PF 10).

3. Una nueva mirada para la pastoral de catequistas

Tengamos presente que, ser catequista es distinto de ser misionero del primer anuncio entre los no creyentes; tampoco hay que confundirlo con el anunciador permanente de una comunidad cristiana.

Ser catequista no es lo mismo que profesor de religión en una institución educativa o dirigente de un grupo apostólico. Ser catequista es ante todo atender a la necesidad de conversión que tienen muchos bautizados que acceden a la catequesis.

Si la catequesis es un camino de iniciación cristiana, el catequista se caracteriza por desarrollar un proceso de fundamentación de la fe, con paciencia, tenacidad, humildad. El catequista es el discípulo que aprende y se forma en las cosas de Dios; es el vocero de la Palabra de Dios, anima y sostiene la fe de los demás. Su tarea está descrita en el texto de Pablo a Timoteo:

“Predica la Palabra, insiste a tiempo y a destiempo, corrige, reprende y exhorta, hazlo con mucha paciencia y conforme a la enseñanza. Porque vendrá el tiempo en que los hombres no soportarán la sana doctrina, sino que llevados de sus propios deseos, se rodearán de multitud de maestros que les dirán palabras halagadoras, apartando los oídos de la verdad y los desviarán hacia las fábulas. Tú sin embargo, procura ser siempre prudente, soporta el sufrimiento, predica el evangelio y dedícate plenamente a tu ministerio” (2tim 4,2-5).

Según el Diccionario de catequética: *“Dentro de la acción catequética en una iglesia particular, la Pastoral de Catequistas tiene*

una importancia peculiar; de todos los elementos de la catequesis, los agentes, es decir, los catequistas son los más importante”.

El concepto de Pastoral de Catequistas ha sido poco elaborada ya que se ha centrado en la formación de los catequistas. En el presente trabajo nos referiremos a algunos aspectos puntuales que son propios de una Pastoral de Catequistas, tales como:

3.1 La vocación del catequista

No responder solamente a la buena voluntad, es necesario organizar a modo de “entrenamiento” una convivencia vocacional centrada en el “llamado y el encargo”, tareas del catequista, a la luz de la Palabra como nos dice la *Verbum Domini* en el número 74:

“un momento importante de la animación pastoral de la Iglesia en el que se puede redescubrir adecuadamente el puesto central de la Palabra de Dios es la catequesis que, en sus diversas formas y fases ha de acompañar siempre al pueblo de Dios... la catequesis ha de estar totalmente impregnada por el pensamiento, el espíritu y las actitudes bíblicas y evangélicas, a través de un contacto asiduo con los mismos textos; y recordar también que la catequesis será tanto más rica y eficaz cuanto más lea los textos con la inteligencia y el corazón de la Iglesia, y cuanto más se inspire en la reflexión y en la vida bimilenaria de la Iglesia”.

Valorar la vocación bautismal y la espiritualidad propia de los laicos en la iglesia local; esta valoración va unida a una búsqueda de una verdadera promoción de la espiritualidad laical y como ésta constituye una manera particular de que cada uno viva su experiencia de Dios integrando en ellas todas las dimensiones de su existencia, hay que desarrollar en nuestra iglesia local una verdadera espiritualidad apostólica del laicado.

La vocación puede ser revisada a la luz de personajes bíblicos como por ejemplo:

- Jeremías, que descubre la vocación de Dios para su vida, reconoce sus limitaciones, es el portavoz de la palabra de Dios, transmite y enseña lo que a Dios realmente le preocupa e importa.



- Samuel, una vida que es fruto de la oración y de la confianza de Dios, que aprende a escuchar la voz de Dios, que se forma en las cosas de Dios.
- Juan Bautista, la voz que grita porque está lleno del Espíritu Santo, está al servicio del proyecto de Jesús, anuncia el evangelio de la vida.
- Pedro, que deja todo ante el llamado de Jesús, que reconoce su pequeñez ante el Señor, hombre de fe que se ha encontrado con el Dios de la vida, prototipo de discípulo que descubre su debilidad, lleno del espíritu conduce, guía y anima a su comunidad.
- Felipe, misionero y predicador itinerante de la Palabra de Dios, animado y conducido por el Espíritu, sabe enseñar y transmite la fe.

3.2 Feminización de la catequesis

El autor Henry Derroitte en su texto “Por una nueva catequesis”, considera *“como una suerte la feminización de la catequesis: la inmensa mayoría de los catequistas de a pie son mujeres (al igual que en otros países en Ecuador llegamos a un 90%)*. Estudiosos de la actividad catequística la desvalorizan precisamente por estar en manos de mujeres.

Las catequistas son generalmente más concretas, dan más importancia a la calidad de la acogida, están cerca de la vida diaria de los catequizandos, por lo mismo, pueden facilitar el diálogo y la expresión personal. Además, las catequistas permiten que las familias alejadas de la Iglesia descubran una imagen de ésta más cercana y más abierta. Por tanto, se hace necesaria una presencia pastoral que las acompañe, guíe y anime así como, trabaje en la autovaloración de su presencia dentro de la Iglesia particular y universal.

3.3 La espiritualidad de los catequistas

Se enriquece en la medida en que tienen la oportunidad de expresar su propia fe, cuando comienzan a ver de qué manera sus vidas están de acuerdo con la tradición cristiana y cuando reconocen los signos de la presencia de Dios en su vida cotidiana.

Alimentar y acompañar la dimensión espiritual de la misión del catequista, antes de preocuparse, con razón, por las necesidades de

claridad, de eficiencia y por el nivel de conocimientos religiosos de los catequistas, sin duda hay que empezar diciendo que hay que nutrir y desarrollar su vida interior, la dimensión espiritual de su existencia. El desarrollo de la vida interior es explícitamente una llamada a la oración y a la humildad del servidor del Evangelio.

3.4 Cuidar la atención personal

Esta atención debe ser cuidadosa y en cierta manera, preferente en la comunidad cristiana, ya que se trata de acompañar a estos servidores que comparten su fe con los que les han sido encomendados y por lo tanto, guiarlos y hacer intervenciones oportunas, garantizarán una catequesis que lleve a un encuentro personal con Jesús.

El Directorio General de Catequesis en el número 233 recomienda: *“Cuidar la atención personal y espiritual de los catequistas y del grupo de catequistas como tal; esta acción compete, principal y fundamentalmente a los sacerdotes de las respectivas comunidades cristianas”*.

3.5 La distribución de catequistas

Una adecuada Pastoral de Catequistas ha de saber vincularlos a una distribución más homogénea en aquellos ámbitos de catequización de la parroquia, especialmente donde los catequistas son más escasos, lo cual exige buena dosis de generosidad apostólica en los agentes. Para esto, ayudar a tomar conciencia de las necesidades, las habilidades para los distintos grupos, la posibilidad de aprender en nuevos espacios de servicio catequístico, serán los motivos para desprenderse de las seguridades y encontrar en el cambio, oportunidad para crecer como persona y como catequista.

Implica también, encontrar novedad y poner en juego la creatividad para adaptarse al nuevo grupo que le ha sido encomendado, gracias a un seguimiento y permanente acompañamiento.

3.6 Coordinación de catequistas

La selección de coordinadores para los catequistas y el desarrollo de la acción catequética, responde a que desde la Pastoral de Catequistas



se haga un seguimiento a aquellos agentes que en su servicio vinculan lo que enseñan con su vida en cuanto actitudes, relación con los demás catequistas, participación permanente en espacios de formación, celebración y otros detalles propios de la catequesis, lo que de alguna manera garantiza la función de coordinación. En la medida de lo posible habrá que preparar capacitación específica para este desempeño que tiene particularidades que deben ser conocidas por el candidato.

3.7 El reconocimiento

Reconocer la labor de los catequistas por parte de la comunidad cristiana es algo que debe procurarse con todo cuidado. Muchas veces el grupo de catequistas es una pieza aislada, desconocida para la comunidad. Si los catequistas actúan en nombre de ella, deben ser apoyados, valorados y reconocidos.

3.8 Los referentes para los catequistas

Una Pastoral de Catequistas debe hacer presentes a hombres y mujeres de talla universal y de manera particular de la región, que se han destacado como catequistas y como tales, ocupan un lugar especial en la galería de los santos, muchos de ellos se constituyen en modelos de discípulos, para ello será necesario acudir a materiales publicados, audiovisuales cuyos contenidos muestran la vida de él o ella como referente de entrega y seguimiento. Para los catequistas laicos estas vidas ejemplares les animarán a mantenerse en el servicio de la catequesis y a cultivar sus vidas en la presencia de Dios en su quehacer cotidiano, en Ecuador tenemos dos referentes de importancia: Santo Hermano Miguel y Santa Narcisa de Jesús.

3.9 La formación del catequista

El Directorio General para la Catequesis resalta la importancia de la formación de los catequistas en tanto que:

“todos estos quehaceres nacen de la convicción de que cualquier actividad pastoral que no cuente para su realización con personas verdaderamente formadas y preparadas, pone en peligro su calidad. Los instrumentos de trabajo no pueden ser verdaderamente

eficaces si no son utilizados por catequistas bien formados. Por tanto, la adecuada formación de los catequistas no puede ser descuidada a favor de la renovación de los textos y de una mejor organización de la catequesis.

En consecuencia la pastoral catequética diocesana debe dar absoluta prioridad a la formación de los catequistas laicos. Junto a ello, y como elemento realmente decisivo, se deberá cuidar al máximo la formación catequética de los presbíteros, tanto en los planes de estudio de los seminarios como en la formación permanente. Se recomienda encarecidamente a los Obispos que esta formación sea exquisitamente cuidada (DGC 234).

La formación tendrá presente, también, el concepto de catequesis que hoy propugna la Iglesia. Se trata de formar a los catequistas para que puedan impartir no sólo una enseñanza sino una formación cristiana integral (Cf. DA 299).

Desarrollando tareas de iniciación, de educación y de enseñanza. Se necesitan catequistas que sean, a un tiempo, maestros, educadores y testigos. La formación de los catequistas laicos no puede ignorar el carácter propio del laico en la Iglesia (Christifideles Laici) y no debe ser concebida como mera síntesis de la formación propia de los sacerdotes o de los religiosos.

Al catequista le será muy difícil improvisar, en su acción catequética, un estilo y una sensibilidad en los que no hubiera sido iniciado durante su formación (DGC 237).

En este aspecto, la Pastoral de Catequista hará un esfuerzo por incorporar herramientas y adoptar formas apropiadas que presenta la tecnología actual, a fin de responder así a los nuevos desafíos en esta formación, cuanto más que es indispensable en otros áreas de capacitación humana.

3.10 Los medios de comunicación para la catequesis

Este filón dentro de la práctica misma de la catequesis, tampoco debe ser olvidado, ya que los medios de comunicación se constituyen



en la actualidad los nuevos areópagos para la difusión del Mensaje evangelizador; como enfatiza el documento de Aparecida:

“En nuestro siglo tan influenciado por los medios de comunicación social, el primer anuncio, la catequesis o el ulterior ahondamiento de la fe, no pueden prescindir de estos medios. -Puestos al servicio del Evangelio, ellos ofrecen la posibilidad de extender casi sin límites el campo de audición de la Palabra de Dios, haciendo llegar la Buena Nueva a millones de personas-” (DA 485, EN 45).

“La internet puede ofrecer magníficas oportunidades de evangelización, si es usada con competencia y una clara conciencia de sus fortalezas y debilidades” (DA 488).

“Dado que la exclusión digital es evidente, las parroquias, comunidades podrían ser estimuladoras de la creación de puntos de red y salas digitales para promover la inclusión desarrollando nuevas iniciativas y aprovechando con una mirada positiva, aquellas que ya existen” (DA 490).

Planteado así el desafío, la Pastoral de Catequistas velará porque este servicio ocupe un espacio no solamente físico sino que sea una tarea a la que hay que dar tiempo, buscar una mínima implementación y entrenar a los catequistas en este nuevo mundo que la tecnología pone al alcance.

A modo de conclusión

El servicio en la catequesis va superando cada vez más “la simple buena voluntad”; ciertamente que, el deseo, expresado generosamente para colaborar en la parroquia asumiendo estas tareas, demandan de parte del párroco de una manera especial, organización en tiempo, búsqueda de recursos, planificación y adaptación de materiales que ya existen, pero sobre todo, su persona como el compañero de camino de este hombre o mujer catequista.

Creo que la columna fuerte de la Pastoral de Catequista es estar presente en su ser, su espiritualidad, su relación con Dios, la cercanía a

la Palabra, la frecuencia de sacramentos, la construcción de la persona como laico dentro de la Iglesia: laico catequista, misionero de la Iglesia.

Animar la coherencia en su condición de evangelizador: los catequistas deben hacer la diferencia en el mundo, deben ser diferentes respondiendo al consejo de Pablo: “No se adapten a los criterios de este mundo, al contrario, transfórmense, renueven su interior para que puedan descubrir cuál es la voluntad de Dios, qué es lo bueno, lo que le agrada, lo perfecto” (Rm 12,2).

Alimentar la vida de y en comunidad del equipo de catequistas, cuidando con celo y entrega desde la integración humana hasta la vivencia y la experiencia de Dios.

Referencias bibliográficas

Benedicto XVI. (2010). *Exhortación apostólica post-sinodal Verbum Domini. La Palabra de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia.*

Conferencia Episcopal de Ecuador. (2009). *Directorio Nacional de Catequesis.* Quito: Conferencia.

Conferencia Episcopal de Ecuador. (2011). *Plan pastoral de la Iglesia en el Ecuador 2011-2015.* Quito: Conferencia.

Congregación para el Clero. (1997). *Directorio General para la Catequesis.*

Consejo Episcopal Latinoamericano, CELAM. (2007). *Documento Conclusivo de Aparecida.* Bogotá: CELAM.

Derrotte, Henri. (2001). *Nuevos caminos para la catequesis hoy.* Santander: Sal Terrae.

Derrotte, Henri. (2004). *Por una nueva catequesis.* Santander: Sal Terrae.

Gil, Miguel Ángel. (2003). *Iniciarse como catequista.* Madrid: CCS.

Ginel, Álvaro. (2008). *Ser catequista.* Buenos Aires: Editorial Claretiana.

Juan Pablo II. (1988). *Exhortación apostólica post-sinodal Christifideles Laici.*

Murúa, Marcelo. (2012). *Espiritualidad bíblica del catequista.* Quito: Librería Conferencia Episcopal Ecuatoriana.

Pedrosa Ares, Vicente María et al. (1999). *Nuevo Diccionario de Catequética.* Madrid: San Pablo.